

bre de alta estatura, nervudo, ligeramente calvo y de color parecido al café con leche. En sus maneras se notaban á la vez la reserva, la dignidad y la franqueza.

No habia nacido en el seno de una familia soberana; pero los acontecimientos y su energía lo habian elevado al rango supremo. Miembro de una pequeña tribu aliada á los basutos, habia sufrido con sus compatriotas las consecuencias de aquellas invasiones de cafres que cuarenta años há cubrieron de ruinas y sangre las comarcas del Limpopo y del alto Orange; y habia formado parte de aquella horda inmensa de salvajes que hácia 1824 amenazaron las fronteras de la colonia del Cabo, siendo rechazados por un centenar de ginetes griguas dirigidos por MM. Moffat y Tompson. En medio de las horribles escenas que trajo aquella avalancha humana, la firme actitud de Sebituané y la confianza que supo inspirar á su pequeña tribu, agruparon en torno suyo un núcleo de hombres escogidos, con los cuales subió al Norte hasta el lago Ngami. Por espacio de muchos años anduvo errante á lo largo de las confluencias de esta cuenca, viniendo finalmente á fijar su residencia al Norte del Zambese y en el valle del Liambie, donde en la época de mi visita constituía su pueblo bajo el nombre de Makololos el grupo mejor ordenado del Africa austral, y aun pudiera decir el mas respetable tambien, porque no habia esclavos entre ellos, ni siquiera conocian el tráfico inmoral del hombre por el hombre.

Sebituané era entonces jefe supremo de todas aquellas tribus que ocupaban un inmenso espacio, y además habia llegado á hacerse temer del terrible Mosilikatsé, rey de los matebeles. Desconfiaba, sin embargo, de este jefe cruel, y como los batokas de las islas habian secundado á los matebeles, haciéndoles atravesar el Zambese, hizo una rápida escursión y arrojó á estos insulares de sus posiciones, que estos creian inespugnables. Con esto prestó al pais un gran servicio, destruyendo el obstáculo que hasta entonces habia impedido al comercio penetrar en el gran valle del centro.

Después de haber conseguido esta última victoria, dijo Sebituané, refiriéndose á los jefes que habian escapado á la muerte. «Son afectos á Mosilikatsé; pues que vayan á vivir cerca de él: El Zambese es mi línea de defensa.»

En su virtud puso guardias en la orilla del rio para que vigilaran su frontera.

Cuando supo que nosotros teníamos deseo de verle, hizo todos los esfuerzos posibles para facilitarnos el paso. Sequele y otros jefes del Sur le debian su poder, y hubiera podido castigar á los que nos pusieran inconvenientes en nuestro viaje.

Sebituané estaba al corriente de las menores cosas

que pasaban en el pais, porque sabia muy bien captarse la buena voluntad de todos, así propios como extraños. Cuando algunos pobres extranjeros llegaban vendiendo pieles á su ciudad, por miserables que fuesen, habia de hacer conocimiento con ellos, y muchas veces se sentaba á su lado preguntándoles si tenian hambre, en cuyo caso mandaba á uno de sus criados que les trajera leche, miel y harina y mezclando todo esto, lo probaba á su presencia para inspirarles confianza, invitándolos luego á comer aquel regalado manjar que acaso no hubieran probado en su vida. Contentos con tan generoso y noble proceder, sentian hácia él profundo afecto, contestando con gusto á cuantas preguntas les hacia; y como tampoco dejaba pasar ninguna caravana sin regalarle alguna cosa, sus alabanzas resonaban por todas partes y su fama se extendia mas cada dia. «¡Tiene un gran corazón! Es prudente y valeroso.» Tales eran las expresiones que oíamos por do quiera antes de haberle visto.

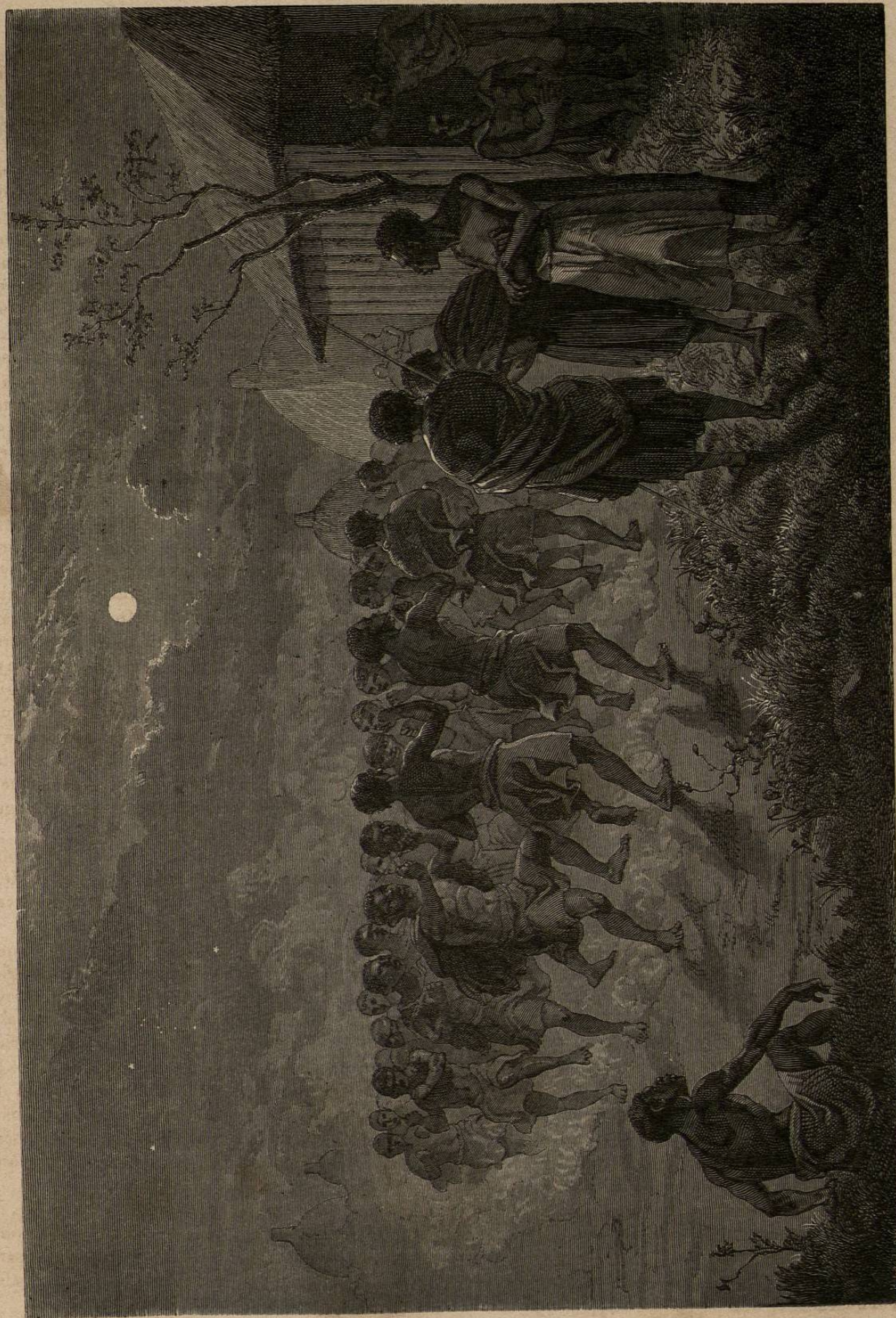
Satisfecho en alto grado el cacique de la prueba de confianza que le dábamos con llevar á nuestros hijos, prometió acompañarnos á recorrer el pais, con el fin de que eligiéramos el punto de residencia, porque habíamos proyectado que Mr. Oswell fuera á reconocer el Zambese por la parte del Este, mientras yo me consagraba á la misión. Pero Sebituané cayó enfermo de allí á poco á consecuencia de una antigua herida que habia recibido en la guerra y de la cual padecía con frecuencia. Yo conocí el peligro en que se hallaba; pero siendo extranjero temí asistirlo facultativamente, rehuendo la responsabilidad de su muerte; y habiéndoselo dicho así á un curandero indígena, aprobó mi prudente reserva.

Un año antes los baotsés le habian curado otro ataque haciéndole en el pecho profundas incisiones; pero los doctores makololos no le hicieron esta vez mas que una ligera cisura en la piel.

En la tarde del domingo en que murió, luego que hubimos concluido nuestros rezos, fui á visitarle, y al verme llegar me dijo: «Acércate y mira cómo me encuentro. Ya ha concluido todo.» Como se hallaba tan convencido de su gravedad, me atreví á manifestarle mis temores y añadí algunas palabras sobre la esperanza de una vida futura. ¿Por qué le hablas de morir? me dijo uno de sus médicos. Sebituané no morirá jamás.» A esto nada respondí por no hacerme sospechoso, pues en otro caso hubieran creído que deseaba su muerte.

El moribundo se incorporó luego en su lecho, y llamando á uno de sus criados le mandó que llevara á mi hijo Roberto cerca de su esposa Maunca para que le diera leche. Y estas fueron las últimas palabras del cacique.

Su muerte empero no se anunció hasta otro dia, y



Danza de los balondas á la luz de la luna.



fue sepultado como todos los de su clase, en una de sus dehesas, haciendo luego que el ganado pisotee el paraje para que desaparezca toda señal de enterramiento. Luego que se hizo pública su muerte, nos dirigimos á la tribu y le aconsejamos que se mantuviera unida y que apoyara los derechos del heredero legítimo, cuyo consejo fue acogido por los naturales, los que á su vez nos manifestaron que no teníamos por qué temer, pues no nos culpaban por la muerte del cacique.

Sebituané fue sin duda el mejor cacique de cuantos he conocido en mis viajes, y su muerte nos afectó profundamente. Por fortuna legó sus simpatía hácia los blancos á su hijo Seketú, que le sucedió en el mando.

Los makololos son los últimos becuanas que se encuentran hácia el Norte. El nombre *becuana* se forma de la palabra *chuana*, que significa *iguales*, con el pronombre *ba* (*los*) lo que da el concepto de compañeros. He encontrado esta denominación en pueblos que no tenían ni tienen relaciones ningunas con los europeos; y su empleo no permite que se dude de la significación que le atribuyen. «Somos *becuanas* y valemos tanto como cualquier miembro de la nación.» Así contestan cuando se les deprime; que es lo mismo que en iguales casos dicen los irlandeses ó escoceses: *Somos ingleses*, ó bien, *somos bretones*.

### III.

Partida para el alto Zambese.—Viaje de Linyanti á la confluencia del Liambie y del Liba, etc.

Hasta el 11 de noviembre de 1853 no pude poner en ejecución mis proyectos de exploración de la cuenca superior del Zambese, y nos embarcamos en las aguas del Chobé por el mismo sitio en que un año antes había encontrado á Sebituané. Su hijo Sekeletú que me había dado una escolta, vino con muchos personajes de la tribu á despedirnos hasta la misma orilla del río, cuidando de que nada nos faltara.

Para llegar á Linyanté fue preciso estar remando cuarenta y dos horas, haciendo en cada una 5 millas.

Sería difícil determinar de una manera precisa el paraje en que el Chobé va á caer en el Liambie, dividiéndose ambos ríos en infinidad de brazos en su desembocadura; pero un poco mas abajo la reunión de todas estas aguas forma un admirable golpe de vista para quien ha vivido muchos años en las secas regiones del Mediodía. El río es tan ancho á algunas millas de la desembocadura del Chobé, que la penetrante vista de los salvajes confunde los islotes que encierra con los accidentes de la margen opuesta.

Después de haber pasado la noche en una adea de los makololos, situada en la isla Mparia, abandonamos el Chobé para remontar el Liambie, y el 19

de noviembre llegamos á Seshequé. Esta ciudad, edificada en la orilla izquierda del río, encierra una población numerosa compuesta de makalakas, pertenecientes á diversas tribus con sus jefes respectivos, y que sometidos á la autoridad de un pequeño número de makololos, están sin embargo gobernados por Moriantsané, cuñado de Sebituané.

Reunidos bajo una gran acacia que sombra á la orilla del río, prediqué públicamente y varias veces á los habitantes de Seshequé; y era cosa de ver el aspecto que ofrecían los grupos de hombres, mujeres y niños, que conducidos por sus propios jefes, venían de todos los puntos de la ciudad. A veces se reunían quinientas ó seiscientas almas, lo que exigía grandes esfuerzos por mi parte para hacerme oír de todos. Todos me escuchaban generalmente con atención y respeto; y Moriantsané, sin duda por complacerme, hubo de tirar un día su bastón á unos muchachos que en vez de atender se entretenían jugando.

Algunas veces mis oyentes me hacían preguntas sobre lo que les explicaba; pero otras solían decir una necedad, después de haber oído las verdades mas profundas de nuestra santa religión. Unos empezaban á rezar en cuanto oían hablar del dios de los blancos, y aunque con muy poca conciencia de lo que decían, sus oraciones eran oídas sin duda por el Dios de las misericordias; otros soñaban por la noche con lo que habían oído acerca de la vida futura, y se espantaban hasta el extremo de negarse á escuchar de nuevo lo que los había espantado; y no pocos resolvieron no creer nada, como lo hicieron algunos habitantes del Mediodía, los cuales mataron todos los gallos y gallinas, porque suponían que con su canto y cacareo los llamaban á la oración.

Después de recobrarle algun tanto de un gran ataque de fiebre, que venía padeciendo desde que pasamos por el pueblo de Moremi en el Chobé, nos dispusimos á seguir subiendo el río, á cuyo fin enviábamos mensajeros á los pueblos del tránsito para que nos preparasen lo necesario. Al partir nos llevamos cuatro colmillos de elefante pertenecientes á Sekeletú, como medios de comprobar la diferencia de precios entre ellos y los que llevaban los portugueses y mercaderes del Mediodía: con esto queríamos estimular á los traficantes á penetrar directamente en la región de que nosotros procedíamos. Moriantsané nos dió también al partir, leche, miel y carne en abundancia para que nada nos faltara en el camino.

En esta comarca empezaban entonces las lluvias; pero no eran suficientes todavía para hacer crecer el río, el cual no bajaba sin embargo de 300 varas de agua corriente por término medio.

Las márgenes del río comenzaban á embellecerse á proporción que adelantábamos y en ellas se veían

muchos árboles de verdes y frescas hojas, bien que no les hubiera llegado todavía la lluvia, contrastando con el sombrío motsaeri ó moyela, lleno ahora de fruto parecido á la cereza.

Las corrientes por su menor fondo hacían nuestra marcha mas difícil, y había que tener mucho cuidado con las canoas, pues vuelcan con la mayor facilidad, no tomando precauciones. Sin embargo, nuestros remeros trabajaban admirablemente y sin perder su buen humor. Sin vacilar un momento se sumergían en el río para salvar las piraguas de los remolinos y las rocas que eran para nosotros muy peligrosas entonces, porque aparecían casi á flor de agua y esta estaba ya muy baja.

Al pasar bajo el follaje de los árboles que somborean el río, veíamos á las tórtolas arrullándose en sus nidos, que se mecían sobre las aguas, y un ibis había en el suyo en el remate de su tronco seco y carcomido. Quien ha navegado por los ríos del Norte á los 20° de latitud Sur, no puede olvidar nunca el áspero *ua-ua-ua* de este último pájaro ni el grito del halcón acuático. Cuando íbamos á pie por la orilla, nos seguía una especie de chorlito que revoloteando sobre nosotros, no cesaba de chillar como avisando á los demás del peligro que corrían; también hacia lo mismo otra variedad de la citada familia, cuyo canto ó grito de alarma es un *tin-tin* tan metálico que los naturales del país llaman á este pájaro *setula tsi-pi*, ó herrero. Armado con su agudo acicate en su parte superior, que se asemeja al espolon de un gallo, aunque mas corto, y conociendo su ventaja, este pájaro se atreve con el cuervo de cuello blanco, haciéndole huir á pesar de ser mas grande que él. Este es el pájaro tan célebre por la amistad que le une con el cocodrilo y que se conoce por el nombre de *siksak*, al cual vió Mr. St. John sirviendo de mondadientes al feroz reptil. También se le ve frecuentemente en las mismas playas que habita el caiman, en cuyo lomo suele posarse, según dicen: yo no he tenido la suerte de ver lo que dicen, no solo St. John y Geofroy St. Hilaire, sino también Herodoto. Supe empero lo que ninguno de estos historiadores sabia. En efecto, Masauana, el principal de nuestros remeros, detuvo la canoa en cierto punto y nos dijo que una tórtola acuática, queriendo subir por un sitio escarpado de la orilla para depositar sus huevecillos, se había caído de espaldas proporcionándonos así la facilidad de cogerla, lo cual era un pronóstico seguro de un feliz viaje.

Entre los corpulentos árboles que pueblan las orillas del Liambie por algunos sitios, pudimos ver otras diferentes especies de pájaros nuevos para nosotros. Algunos de ellos eran canoros, y sus gratos gorjeos formaban un singular contraste con los chillidos de los papagayos verdes y amarillos del país.

Allí vimos también por la primera vez un bello pajarillo de plumaje azul profundo con alas y cola de color de café, y una multitud de otras avecillas negras y blancas que vuelan siempre en compañía; pero careciendo de libros para consultar no puedo asegurar si son nuevos para la ciencia.

Los francolines y las pintadas abundan así mismo en estos sitios, y en cada tronco seco ó punta de roca, se dejan ver uno ó dos pájaros de la especie del palmípeda *Plotus*, ó sea pájaro-serpiente. Estos pasan la mayor parte del día tomando el sol sobre la corriente ó sumergiéndose para pescar. La caza de este pájaro es en extremo difícil, pues con su habilidad en irse á fondo, burla á sus perseguidores, por mas diestras que sean las evoluciones de las canoas.

El halcón marino con su cabeza y su cuello blancos y el resto del cuerpo de color de chocolate, se ve también en estos parajes y al pie de los árboles donde suele pararse, se ven muchos peces muertos que ha sacado del río. Uno de los peces en que mas se ceba, y que es á su vez gran perseguidor de los habitantes del agua, tiene de 15 á 18 pulgadas de longitud, muy grueso y de color amarillento, con listas y manchas de varios colores; pero tiene unos dientes que le sobresalen, agudos y cónicos que hacen temer á los pescadores. Uno de estos peces que cogimos muerto, se había atragantado al devorar á otro que no cabía por sus fauces.

El halcón marino mata generalmente mas peces de los que se puede comer, y así es que los desperdicia, si bien los *barotse*s aprovechan sus despojos. Pero no siempre es tan generoso, pues como yo he presenciado en el Zuga, suele saquear la bolsa del pelicano.

Cerniéndose en los aires y viendo pescar á este estúpido pájaro, aguarda á que meta en su bolsa una buena presa. Entonces desciende con gran ruido de alas sobre el pelicano, que asustado abre la boca para graznar, en cuyo momento le saca el pez el astuto halcón.

Una multitud de iguanos se veían tomando el sol en las ramas de los árboles, desde donde saltaban al agua al acercarnos. Su carne tierna y gelatinosa es muy estimada en el país. El barquero que va en la proa lleva un ligero venablo siempre á mano para herirlos si los alcanza. Estos iguanos y los cocodrilos que se deslizaban de las márgenes y se sumergían estrepitosamente en el río, se presentaban con mucha frecuencia en nuestro viaje.

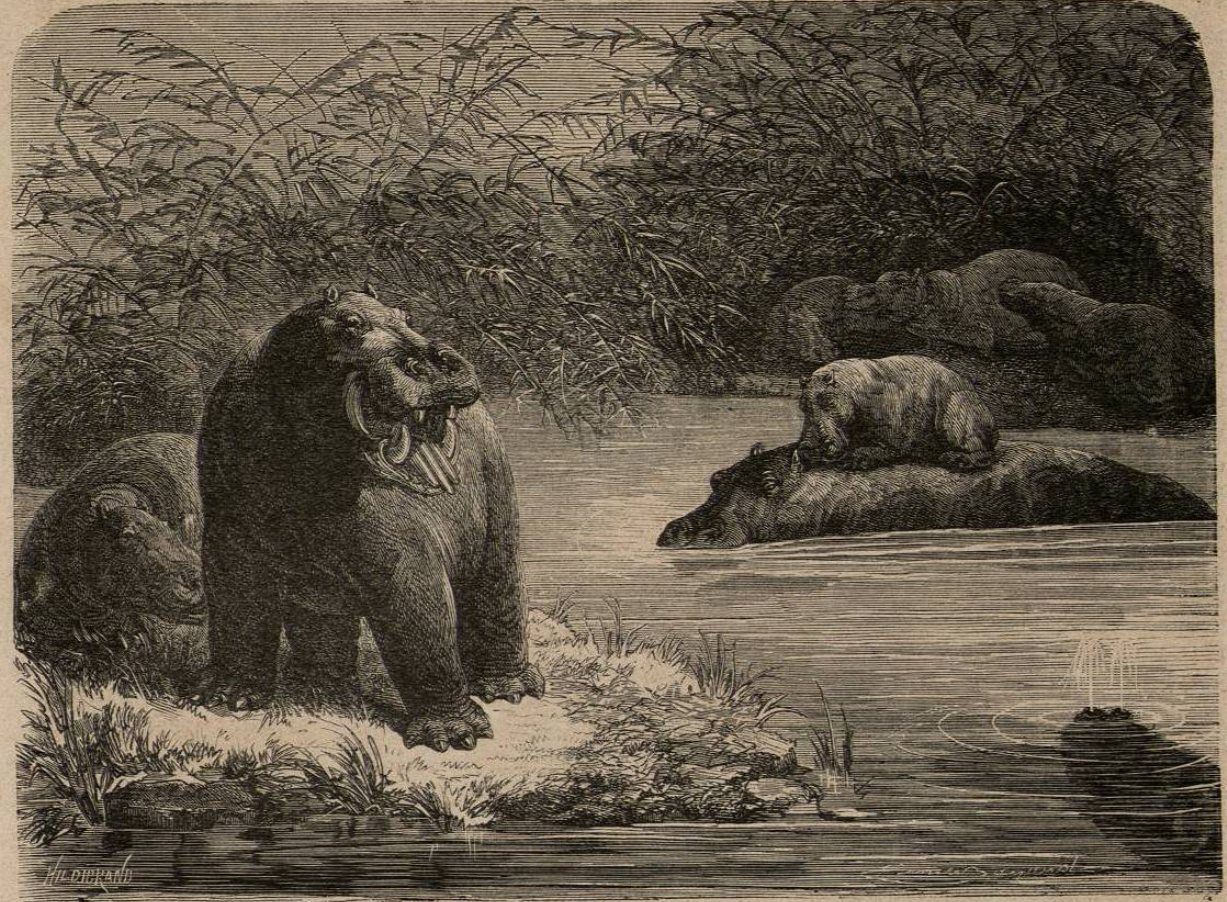
La rapidez de la corriente en la parte que media entre el Katima-Molelo y Nameta se interrumpe por varios remansos profundos de 15 á 20 millas de longitud. En ellos hay grandes manadas de hipopótamos, y por todas partes se ven los grandes surcos que hacen en las márgenes al salir á pacer de noche. El olfato los guía de nuevo al agua; por eso cuando



llueve mucho, no saben volver al río habiendo perdido este medio de dirección, y por la mañana se les encuentra desorientados en cualquier paraje. Los cazadores entonces, aprovechando la ocasión, hacen en ellos una gran carnicería.

No puede decirse el número de los que componen una manada, porque casi siempre están ocultos debajo del agua; aunque como necesitan aire para respi-

rar, asoman de vez en cuando la cabeza. Prefieren las aguas tranquilas, porque las corrientes rápidas los arrastran y no los dejan dormir. Durante el día permanecen en un estado de sopor, en el cual no ven á cierta distancia, aunque tengan los ojos abiertos. Los machos dan ronquidos que se oyen á una milla de distancia. La canoa en que yo iba pasó por encima de uno de ellos herido y entonces pudimos oír su gru-



Hipopótamos del Zambese.

ñido, aun estando el animal completamente sumergido.

Las crías del hipopótamo se suben sobre la espalda de sus madres y sus cabezas son las primeras que salen á la superficie. Por eso la madre que lleva áuestas la cria, sale con mas frecuencia del agua, para que pueda respirar.

El hipopótamo es un animal estúpido; sin embargo, el temor del peligro despierta el instinto en él. En el Zambese respira á pecho lleno con toda la cabeza fuera del agua, mientras que mas al Norte en los rios del Londa, donde se les persigue activamente, permanece oculto entre las plantas acuáticas, sin sacar al aire mas que las narices.

TOMO V.

30 noviembre de 1853.—En las cataratas del Conyé.—En este país no ha caído una gota de lluvia y el calor es sofocante. Las hojas de los árboles y las flores que embellecen el paisaje, se marchitan al medio día; toda la vegetacion languidece: un poco de agua la hacia revivir; y si la belleza natural aumenta, aun como se viene observando desde los cuatro últimos grados de latitud que hemos pasado, llegaremos á una tierra encantada, á pesar de una atmósfera tan sofocante.

En estas circunstancias, nuestro método de vida es el siguiente: Nos levantamos al rayar el día, esto es, un poco antes de las cinco; mientras me visto, se prepara el café; yo lleno mi taza y reparto lo de-

11



Recepcion ante el rey Shih.